

pocos hombres sólidamente instruídos que tenemos aún. Ido este resto de la generación de los abuelos, el desierto intelectual y moral será poco menos que absoluto. Volvamos al carril.

EREMITA

¿SERÁ NECESARIO decir a los lectores de Eos que no estoy de acuerdo en todo con mi excelente colaborador y muy estimado amigo *Eremita*?

En materia de enseñanza, somos ambos partidarios convencidos de la libertad. Somos ambos *anti-estatistas*. Y esto es lo principal. Pero yo no encuentro lugar para la enseñanza de la religión en las escuelas. (V. Eos, tomo II, página 33).—Ambos somos contrarios a las especializaciones u orientaciones prematuras en los institutos de 1.ª y 2.ª enseñanza. Pero Eremita consiente un comienzo de orientación en los últimos años del liceo, en tanto que yo no la admito sino en las escuelas profesionales. (V. Eos, tomo I, página 113). Entre las mismas escuelas profesionales, solamente juzgo bien organizadas a las que procuran atenuar en lo posible los inconvenientes de toda especialización y reparten los estudios de los primeros años de manera que no sea muy difícil a los estudiantes el pasarse de una escuela a otra y cambiar de carrera tan pronto así les convenga.

ELIAS JIMÉNEZ ROJAS

Párrafos de una carta

de uno de los mejores entre nuestros maestros de escuela

SEÑOR DON CARLOS GAGINI

Muy respetado don Carlos:

Con la atención que merece todo cuanto lleva su firma al pie, he leído y leo los trabajos sobre enseñanza que está publicando en *La Información* con el epígrafe de *Ecos de la Asamblea de Profesores*.

Celebro que ante el naufragio de nuestra enseñanza pública haya siquiera una voz—voz bien autorizada por cierto—que por lo menos con honradez, ya que no con resultado práctico alguno, se deje oír para que la conciencia pública piense un momento en el crimen que está cometiéndose con la presente y las futuras generaciones. Y sin pesimismo alguno aseguro que usted trabaja sobre arena, porque conozco el medio en que vivo y sé hasta

donde llega entre nosotros la influencia de los *hombres consagrados*.

La ley de la evolución y las conquistas alcanzadas en los últimos tiempos en todas las actividades sociales no pueden en ninguna forma ser indiferentes a nuestro pequeño país—en la escala que a él puede corresponder—y así hemos visto desarrollarse problemas sociales entre nosotros que nos marcan una época de progreso y bienestar. Pero en materia de enseñanza pública hemos retrocedido: la escuela primaria no es hoy la concebida por don Mauro Fernández, no encarna los ideales de este país, no llena las necesidades públicas que entonces se consultaron y que hoy no han desaparecido, ni responde al fin práctico que en aquella época se tuvo en cuenta.

El colegio de segunda enseñanza no puede ser otra cosa que la consecuencia natural de la obra de la escuela primaria: es, pues, un engaño manifiesto; es una burla para el padre de familia; es un verdadero sacrificio de jóvenes inteligencias que sin orientación de ninguna especie, pierden sus energías en los mejores años de la vida—en medio de una desastrosa confusión—y abandonan las aulas con su título de bachiller bajo el brazo, pero sin que ese diploma esté garantizado siquiera por un caudal de conocimientos que los ponga en condiciones de poder luchar en la vida. Son inteligencias que se han anulado, son esperanzas que el colegio se ha encargado de matar en flor.

Debo confesar—y creo que usted y todos los que se interesan en el asunto de que me ocupo lo confiesan también—que hoy por hoy lo único que tenemos bueno y que realmente es una preciosa conquista, es la organización de los grados I y II de la escuela primaria; pero así como creo que en eso hemos llegado a la perfección, del 3.º grado en adelante, incluyendo la enseñanza secundaria, todo es un fracaso, un verdadero desastre.

Yo he seguido, aunque de lejos, la labor de nuestras escuelas y colegios en los últimos años y he visto que todo es un ensayo, que se deshace hoy lo que se hizo ayer: es—más que un trabajo de hombres—un entretenimiento